

10 Mesa 4.1 África al norte del Ecuador

10.1 «La guerra en Sudán que a casi nadie importa»

Autora: Blanca Palacián de Inza

Resumen

A punto de cumplir dos años desde su inicio, la guerra civil de Sudán sigue envuelta en una desatención internacional mortal. Desatención generalizada excepto por las potencias implicadas, regionales y más lejanas que, a modo de guerra por proxy, alimentan el conflicto impidiendo siquiera un fin por extenuación.

La acción internacional impide la paz, bien sea por acción o por omisión. El mundo ha cerrado los ojos ante una crisis humanitaria de proporciones épicas que afecta duramente también a los países vecinos y, de manera especial a Sudán del sur, al borde de la guerra civil a su vez.

Cuando no hay solución política en el horizonte porque los dos bandos se ven suficientemente fuertes para ganar, solo la atención internacional y sus presiones pueden lograr avances hacia la paz. Pero el mundo no quiere abrir los ojos dejando una perspectiva de futuro inmediato poco halagüeño.

Palabras clave

Sudán, Sudán del Sur, Darfur, al-Burhan, Hemedti.

Cómo citar este documento

Palacian de Inza, B. (2025). La guerra de Sudán que a casi nadie importa. *I Jornadas Geopolíticas del IEEE*. Segovia, La Granja de San Ildefonso.

El conflicto armado en Sudán que lleva aparejada la mayor crisis humanitaria del mundo cumple su segundo año desde la fecha de abril de 2023 en la que inicia. Fue en dicha fecha, cuando comienza el enfrentamiento armado directo entre el general de las Fuerzas Armadas de Sudán (SAF, por sus siglas en inglés: Sudanese Armed Forces), Abdel Fattah al-Burhan y el general paramilitar Mohamed Hamdan Dagalo conocido como Hemedti, al mando de las Fuerzas de Apoyo Rápido (RSF, por sus siglas en inglés: Rapid Support Forces). A pesar de lo dicho, estos dos bloques enfrentados no son en absoluto homogéneos, sino que aglutinan a grupos variados y de intereses volátiles.

Durante el primer año de guerra, la atención internacional se focalizó esencialmente en la guerra en Ucrania y más reciente en Gaza. Este «desinterés mortal» (Aldecoa, 2024) por la situación en Sudán ha contribuido, en gran medida, a que el país se encuentre en una crisis de proporciones épicas.

Se está ante la tercera guerra civil sudanesa, un conflicto interno, internacionalizado y enquistado con la ayuda de las acciones y omisiones de otros países. Tal y como se apuntó en las jornadas, es una guerra civil porque así es la tipificación de estos conflictos, aunque de manera literal se podría llamar guerra militar por la composición de los bandos enfrentados.

Como ha quedado patente, la segunda mitad del siglo xx estuvo teñida de guerra civil para Sudán. En el trasfondo de estas, que se deja sentir en el conflicto actual que vive el país, se encuentra la desigualdad económica, política y social entre el norte y el sur de Sudán. Las dos guerras civiles tuvieron como resultado más visible la independencia de Sudán del Sur en 2011. El futuro, ya pasado, del país más joven del

mundo tampoco fue de paz, pues tan solo dos años más tarde comenzaba una guerra civil que duraría seis años y que, a fecha de celebración de las I Jornadas del IEEE, parece estar volviendo a agitarse. La situación podría ser extraordinariamente dramática si se tiene en cuenta el ingente número de ciudadanos del vecino país del norte que han buscado refugio en el sur.

Se encuentran, en el que fue un único gran país, dos guerras civiles que no parecen tener fin, con un más que posible genocidio en la región de Darfur que, aunque poco probable, podría convertirse en un Sudán de en Medio bajo el gobierno paralelo de las RSF. Más que probable, sin duda, además de por los apoyos internos que evitan que ninguna de las partes enfrentadas se agote, por la formación del mencionado Gobierno paralelo, es que la guerra civil se alargue más aún en el tiempo y, por tanto, empeore la gravedad de la agonía para su población.

¿Qué intereses tiene España en Sudán? Todos, se podría responder, porque la guerra acorta las distancias, como ha hecho entre Kiev y Washington. Porque, además de por cuestiones morales y humanitarias, los movimientos de población, el hambre, la enfermedad o la destrucción de recursos naturales, terminan afectando a todos. Porque quizá no es acertado girar la cabeza al Este mientras hay que apresurarse a comprar kits de emergencia, cuando desde el sur se puede cortar la respiración del golpe.

Mientras, el mundo mira a otro lado con el foco de atención demasiado reducido y concentrado en una suerte de situación en la que pareciera que no todos los muertos valen lo mismo. El mundo es postoccidental y África no iba a ser menos. África es postoccidental y África parece estar resignándose a esta situación sin haber tomado nota de las lecciones aprendidas. Y en los huecos que una vez ocupó, ahora hay otros actores, como China o Rusia. Esta última potencia parece, además, estar apoyando a ambos bandos en la contienda de Sudán por aquello de que a río revuelto... ya se ha conseguido un puerto en el mar Rojo (Port Sudán). Y Occidente ni está ni se le espera.

Blanca Palacián de Inza
Analista del IEEE

10.2 «La tensión argelino-marroquí y sus consecuencias regionales: de Libia al Sahel»

Autor: profesor Carlos Echeverría Jesús

Resumen

La tensión entre Argelia y Marruecos arranca desde el momento mismo en el que ambos son ya independientes. Desde entonces y hasta hoy, ambos han dedicado sus esfuerzos respectivos a consolidar el Estado en términos de política interior y a encontrar su lugar en el tablero internacional en términos de posicionamientos y de alianzas. También en dichas búsquedas han divergido, siendo Marruecos una Monarquía y Argelia una República, próxima a Occidente la primera y a la Unión Soviética la segunda en tiempos de la Guerra Fría, aunque con singularidades propias una y otra. Con el fin de la Guerra Fría y hasta hoy, las vicisitudes de ambos Estados han llevado con frecuencia a alimentar las tensiones que tradicionalmente ha habido entre ellos y, hoy en día, viven un momento de particular hostilidad entre ambos y tienen sus relaciones diplomáticas rotas desde 2021 y habiendo pasado a convertirse, en cuanto a sus relaciones bilaterales y en lo que en los Estudios de Seguridad y Defensa y de Geopolítica se conoce como un dilema de seguridad de manual. Dicha tensión bilateral tiene como realidades ilustrativas de la misma la reclamación marroquí de territorios argelinos, las desavenencias a la hora de definir el futuro del territorio no autónomo del antiguo Sáhara Español, hoy Sáhara Occidental, y una auténtica carrera de armamentos. Y todo ello tiene hoy, y a buen seguro tendrá, consecuencias en el futuro para la seguridad y la defensa de España.

Palabras clave

Argelia, dilema de seguridad, España, gasoductos, Israel, Libia, Magreb, Marruecos, revueltas árabes, Rusia, Sáhara Occidental, Sáhara Oriental, Sahel.

Cómo citar este documento

Echeverría Jesús, C. (2025). La tensión argelino-marroquí y sus consecuencias regionales: de Libia al Sahel. <i>I Jornadas Geopolíticas del IEEE</i> . Segovia, La Granja de San Ildefonso.

El Tratado de Marrakech firmado en 1989, y aún hoy vigente pues ninguno de sus Estados parte lo ha denunciado, reunía a Argelia, Libia, Marruecos, Mauritania y Túnez y dentro de esa subregión africana quedaba sin definir y así sigue 36 años después, el territorio no autónomo del Sáhara Occidental, el antiguo Sáhara Español. La tensión estratégica entre Argelia y Marruecos, desde la década de los sesenta y hasta hoy, ha sido uno de los factores que han impedido que la cooperación en el Magreb se haya consolidado y la guerra de las Arenas (1963), los choques armados de Amgala (en 1976 y en el marco de la guerra entre el Frente Polisario por un lado y Marruecos y Mauritania por otro) o más recientemente el cierre de la frontera terrestre desde 1994 y hasta hoy son, entre otros, algunos hitos de una tensión que perdura.

Hay que ver a continuación acontecimientos y dinámicas que permiten aprehender cómo las relaciones bilaterales entre ambos Estados no han alcanzado en ningún momento la deseable estabilidad que hubiera permitido definir una buena vecindad, estabilizadora para el Magreb y para su vecindario inmediato. Los obstáculos puestos por Marruecos a la celebración de un referéndum de autodeterminación en el Sáhara Occidental y ello, aunque en un primer momento Rabat hubiera aceptado tal fórmula para avanzar en la resolución del conflicto, tuvieron su momento más visible en el momento en que Marruecos decidió no aceptar la generosa fórmula que se le ofrecía a principios de la década de los dos mil con el Plan Baker II. A partir de ahí, Marruecos optaría por consolidar la ocupación del territorio, efectiva en el ochenta de este, y en 2007 lanzaría un plan de autonomía que, desde entonces y hasta hoy, trata de imponer como fórmula de solución dentro y fuera de la región. Aunque cada año se sigue renovando por el Consejo de Seguridad de la ONU el mandato de la MINURSO, lo cierto es que la resolución del conflicto no llega y las tensiones no solo político-diplomáticas, sino también de seguridad sobre el terreno, siguen haciendo de este un obstáculo de peso, aunque no es el único, para lograr estabilizar la región.

Las revueltas árabes que estallaran en el otoño de 2010, teniendo además su primer escenario en el territorio del Sáhara Occidental —en las afueras de El Aaiún, en Gdeim Izik—, sacudieron a varios Estados árabes y en lo que respecta a Argelia primero, en enero de 2011, y a Marruecos después, en febrero del mismo año, fueron felizmente frenadas por las autoridades de ambos Estados,

pero las consecuencias de estas han contribuido a agudizar las tensiones entre ellos.

El desmoronamiento del Estado libio debido a las revueltas que estallaron en febrero de 2011, y que se transformaron enseguida en una guerra civil que acabó siendo una guerra civil internacionalizada, iban a tener funestas consecuencias dentro y fuera del Magreb extensibles a todo el norte de África y a la franja del Sahel con su epicentro en Mali. Egipto, que había sido también escenario de revuelta árabe consolidada desde fines de enero de 2011, sufrió también los efectos de la desestabilización de Libia, reflejados, por ejemplo, en la vuelta al país de centenares de miles de egipcios que vivían y trabajaban en su vecino del oeste. Pero sería Argelia el país más afectado por dichas revueltas que lograron derrocar al régimen de Muammar El Gadafi y ello por dos motivos. El primero, porque la injerencia de actores foráneos, occidentales y no occidentales rompía el *statu quo* regional alentando la inestabilidad en su frontera este, pero también en su frontera sur con Mali. Y el segundo, porque dicha inestabilidad iba a permitir que, desde entonces y hasta hoy, Marruecos encontrara una ventana de oportunidad para extender su competición estructural con Argelia a ambos escenarios, Libia y el Sahel.

El Sahel Occidental —agrupando a cinco Estados sahelianos (Burkina Faso, Chad, Mali, Mauritania y Níger), agrupados en la organización G-5 Sahel desde 2014 y hasta la disolución de esta en 2023— emergía debido a la creciente inestabilidad que empezó en Mali en 2011 y se extendió enseguida a sus vecinos más próximos. Los desafíos de seguridad que Argelia había conseguido mantener bajo control en años precedentes no hicieron sino incrementarse en todo ese tiempo. Y fue un escenario donde diversos actores foráneos desplegaron efectivos —con Francia a la cabeza (Operaciones Serval y Barkhane)— para dar respuestas varias a dicha desestabilización acelerada.

En esos años, Marruecos proyectaba su influencia en términos político-diplomáticos, de seguridad y también económicos en la subregión del Sahel y también en Libia, contribuyendo tal despliegue de Rabat a agudizar la preocupación de Argelia. El factor añadido en términos de agravamiento de las relaciones entre Argelia y Marruecos sería la vuelta de este último al proceso de integración continental africano. Marruecos había abandonado la Organización para la Unidad Africana (OUA) en 1984 cuando esta admitió como miembro a la República Árabe Saharaui Democrática (RASD). En enero de 2017, decidió volver a su sucesora, la Unión

Africana (UA), para contrarrestar a la RASD y para llevar adelante una ambiciosa política de influencia en la dimensión continental, escenario en el que hasta entonces Argelia se había movido con gran comodidad.

Entre 2017 y la actualidad, la creciente ambición mostrada por Marruecos en su proyección exterior —tanto para afianzar la fórmula de la autonomía para consolidar su absorción del territorio no autónomo del Sáhara Occidental como para jugar un creciente papel de influencia en los escenarios africano y árabe— ha servido para agravar aún más el estado de las relaciones con Argelia. Teniendo además en cuenta que este último sufría en dicho periodo temporal importantes desafíos internos (agravamiento de la salud del presidente Abdelaziz Buteflika, estallido de las protestas del Hirak, etc.), la situación sobre el terreno no ha hecho sino tensarse cada vez más.

La ambiciosa política marroquí en este tiempo ha llevado a generar problemas con sus dos vecinos debido a sus apetencias territoriales, tanto en relación con Argelia —a la que reclama lo que considera su «Sáhara Oriental»— como con España a la que reclama los territorios españoles del norte de África y todo ello mientras se esfuerza por consolidar la fórmula de la autonomía para resolver el conflicto del Sáhara Occidental.

En relación con Libia, las localidades marroquíes de Skijda, primero, y de Bouznika, después, han pasado a ser reflejo de esfuerzos diplomáticos para la estabilización de dicho país árabe, agudizando la percepción argelina de injerencia directa marroquí en un escenario clave para la seguridad de Argelia. En el Sahel, y ante el deterioro en años recientes de la situación que ha cuestionado herramientas diplomáticas lideradas por Argelia —como fueron, por ejemplo, los Acuerdos de Argel de mayo y junio de 2015 destinados a resolver el conflicto norte-sur en Mali que estuvo en el epicentro de la desestabilización de dicho país y de la subregión saheliana—, ello ha llevado a agravar la situación desde la perspectiva argelina por haberse afianzado la influencia de Marruecos.

Y como agravante último, pero no por ello menos importante, la evolución de los acontecimientos en Oriente Próximo y Oriente Medio ha abierto nuevas dinámicas que, desde el punto de vista argelino, han sido también desestabilizadoras (con los efectos de las revueltas árabes en escenarios como Siria o Yemen, la conflictividad israelo-palestina agravada y la injerencia foránea agu-

dizada) en las que, de nuevo, el papel de su rival marroquí se ha visto reforzado. El acercamiento entre Marruecos e Israel, reflejado, por ejemplo, en la incorporación marroquí a la fórmula de los Acuerdos de Abraham (2020) que tiene consecuencias para la evolución del dossier del Sáhara Occidental y que refuerza a Marruecos económica y militarmente, es el colofón a todo este proceso de deterioro en las relaciones bilaterales.

A la altura de 2025, y en el marco más amplio de la competición geopolítica entre grandes potencias, con la inauguración del segundo mandato presidencial de Donald J. Trump, la quinta guerra entre Hamás e Israel que ha evolucionado a una guerra regional en Oriente Medio, la guerra entre Rusia y Ucrania con efectos en diversos escenarios incluyendo el continente africano, la tensión bilateral añadida al competir Argel y Rabat con dos proyectos de gasoductos para llevar gas de Nigeria a Europa — el Trans-Saharan Gas Pipeline (TSGP) y el Nigeria-Morocco Gas Pipeline (NMGP)— y con un deterioro de la seguridad que no se detiene ni en Libia ni en el Sahel, el presente y el futuro de Argelia y de Marruecos en clave regional y de asignación de papeles en dicho escenario convulso garantiza momentos de tensión entre ambos, con consecuencias para sus vecinos y, en particular, para España.

Carlos Echeverría Jesús

Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
de la UNED

10.3 «Sahel: bastión ruso avanzado en África»

Autor: coronel Pedro Sánchez Herráez

Resumen

En un planeta en plena reconfiguración geopolítica, la disputas de las viejas y nuevas potencias por alcanzar sus intereses alcanzan todos los rincones del planeta. El Sahel, espacio de inestabilidad interna estructural, pero, a la vez, de interconexión y movilidad intraafricana y global, contempla cómo los afanes de Moscú — entre otras potencias— van dando lugar al paulatino desplazamiento de occidente de esas tierras y a la consolidación de una suerte de bastión avanzado para conseguir no solo presencia, sino acercarse en lo posible al océano Atlántico. Una reflexión al respecto nuclea el presente texto, que sintetiza la ponencia pre-

sentada el 25 de marzo de 2025 en las I Jornadas Geopolíticas del IEEE.

Palabras clave

Sahel, Rusia, occidente, narrativas, frente sur.

Cómo citar este documento

Sánchez Herráez, P. (2025). Sahel: bastión ruso avanzado en África. *I Jornadas Geopolíticas del IEEE*. Segovia, La Granja de San Ildefonso.

El término «Sahel», que significa orilla en árabe, hace mención de la amplia franja de terreno que se extiende desde el océano Atlántico al mar Rojo y que conforma precisamente esa orilla sur del gran desierto del Sáhara.

En ese amplio espacio, la población vive, sobre todo, y en el marco de una economía de subsistencia, de la explotación directa de los recursos naturales, esencialmente de la agricultura y ganadería y se genera una poderosa competencia por los mismos —tierra fértil, agua, pastos—. Si a eso se le añade que las actividades económicas se encuentran muy vinculadas con los distintos grupos étnicos presentes en la región, significa que cualquier lucha por los recursos se transforma automáticamente en una disputa entre grupos étnicos, lo cual contribuye a generar un poderoso salto cualitativo en el grado de confrontación social.

Considerando, como elementos potenciadores de riesgos tanto al cambio climático, que altera los ritmos de las estaciones, haciendo que todo sea mucho más complejo como a un crecimiento demográfico desmesurado, que hace que cada veinte años se duplique la población, el panorama socioeconómico del Sahel es un tanto desolador.

Si a eso se le añade que los países que conforman esa amplia franja —entre diez y doce según los análisis que se consulten, pero que afectos del presente documento se va considerar lo que normalmente se denomina como Sahel institucional, conformado por Mauritania, Mali, Burkina Faso, Níger y Chad— se encuentran entre los más pobres de la tierra, lo cual implica que son Estados débiles y que, por tanto, sus herramientas de seguridad,

las que deben proporcionar el elemento primigenio y básico que un Estado debe proporcionar a sus ciudadanos, son muy escasas. Como simple referencia, la superficie de los cinco países antes citados supone diez veces la superficie de España, pero, entre todos, sus Fuerzas Armadas no alcanzan en número ni en equipamiento y capacidades a las españolas.

Consecuencia directa de esa debilidad económica y de esa falta de herramientas de seguridad, la presencia del Estado en esos amplios territorios es muy escasa, provocando una sensación de vacío de poder y reforzando la identidad étnica como el elemento de identidad principal sobre el concepto de ciudadano.

Por tanto, si la seguridad es escasa, si la acción y presencia de Gobierno es débil en gran parte del territorio y si el grado de desarrollo económico y social es muy bajo o casi inexistente, se genera un modelo paradigmático de permanente inestabilidad estructural que, sumado al ya citado crecimiento demográfico desmesurado y a los factores climáticos cambiantes, implica que —de esa inestabilidad estructural— resulte muy complejo que estos países puedan salir por sí mismos.

En esos amplios espacios fuera del control del Estado, florecen grupos de terroristas yihadistas —tanto de la rama de Al Qaeda como del Estado Islámico—, así como grupos de crimen organizado, grupos que, en ocasiones, cooperan, que, en otras, compiten, pero que, en cualquier caso, controlan una gran parte del territorio, constituyendo el auténtico poder en muchas de esas regiones.

Y la población, ante la falta la seguridad proporcionada por el Estado, en muchos casos, organiza grupos de autodefensa —que como efecto no deseado contribuyen a incrementar las disputas entre grupos étnicos— o simplemente, y para garantizar la mera supervivencia, pasan a formar parte de estos grupos.

Existe otra vía ante esa expectativa de falta de futuro en una situación de debilidad estructural y de inseguridad creciente: emigrar. Y la migración saheliana es un hecho, como desde España se puede comprobar solo consultando las noticias.

Y ese entorno de debilidad estructural es aprovechado y alentado por potencias exteriores para alcanzar sus intereses.

1 Europa ha perdido la guerra de las narrativas en el Sahel

Potencias exteriores, especialmente Rusia, pero también China, Turquía y otras, en el marco del cumplimiento de sus intereses,

se van asentando de manera paulatina en el Sahel y sobre los rescoldos existentes fruto de la etapa colonial —siendo, sobre todo, Francia la gran metrópoli del pasado— soplan estas naciones señalando que ellas nunca han sido potencias colonialistas, que los países de Occidente lo único que pretenden, como siempre han hecho, es aprovechar su riqueza en materias primas.

Y esa narrativa que alimenta esos rescoldos siempre presentes en las poblaciones sahelianas —como en otras partes del planeta— va creciendo, como crece el recurso a culpabilizar a ese pasado colonial para justificar todo lo que no marcha adecuadamente y abundando en que, por tanto, la presencia actual de occidente en estas tierras lo único que pretende es un neocolonialismo.

Frente a esa narrativa, hay que señalar que han sido ingentes las ayudas proporcionadas a estas naciones, tanto por la Unión Europea como por diferentes países europeos. Y no solo ayuda económica, pues Francia desplegó por petición expresa de Mali en el año 2013 una misión militar —Serval/Barkhane— que llegó a tener 5000 efectivos; Naciones Unidas desplegó la misión MINUSMA, que llegó a contar con 15 000 efectivos y es la misión que más muertos ha tenido en la historia de Naciones Unidas, y la Unión Europea desplegó la misión EUTM Mali para formar al Ejército de Mali. Por lo tanto, el apoyo de Occidente a esos países ha sido significativo.

Pero, en ese planeta en plena reconfiguración donde se lucha en todos los ámbitos de batalla (tierra, mar, aire, espacio, ciberespacio y cognitivo), el más importante es justo el cognitivo, pues si alguien consigue que se piense como quiera que se piense, ha vencido sin necesidad de emplear ningún tipo de arma. Y, por ello, esas nuevas potencias soplan sobre esos rescoldos existentes con sus poderosos aparatos de propaganda. Y la narrativa va funcionando, va teniendo éxito y las acusaciones hacia ese «occidente» van creciendo de manera constante.

También es necesario considerar la interpretación de ciertos hechos como argumentos a favor de esas narrativas. Así, por ejemplo, la petición de armas por parte de estos países para luchar contra el terrorismo y el crimen organizado en sus naciones es constante; pero las consideraciones relacionadas con el cumplimiento de los derechos humanos por parte de estas naciones en sus respuestas militares han provocado negativas a la entrega o venta de determinados tipos de armamento... lo cual ha sido respondido por parte de dirigentes sahelianos con res-

puestas del tipo que lo que Occidente tiene es una doble moral, pues a Ucrania se le suministra armas sin dudarlo y que cómo naciones que han sido esclavistas se atreven a hablar de derechos humanos

Para seguir con la narrativa, se concluye que lo que Occidente pretende es mantener la inestabilidad para seguir obteniendo materias primas y que evitar que estos países se estabilicen y puedan libremente decidir su destino. Y se abunda en esta línea señalando que cómo es posible que con tantas misiones militares internacionales desplegadas durante cerca de diez años no se haya conseguido acabar con los terroristas, llegando, incluso, a formular acusaciones de connivencia con el terrorismo para mantener la inestabilidad.

Por ello, e igual que todas esas misiones han sido invitadas a marcharse —y ya lo han hecho—, lo mismo acontece, en gran medida, con la presencia de naciones e instituciones occidentales. Pero el vacío en este ámbito no existe, siempre se llena. Y, en el caso de Sahel, se ha llenado con nuevas potencias y de manera creciente y destacada por Rusia.

2 Alianza de Estados del Sahel. Bastión ruso en África Occidental

La creciente situación de inseguridad en el Sahel ha sido caldo de cultivo para una secuencia de golpes de Estado en muchas naciones de este. Ante esa situación, la Confederación Económica de Estados de África Occidental (CEDEAO) condenó dichos golpes y se exhortó a la vuelta a la senda constitucional. Pero en el verano del año 2023 se especuló con la posibilidad de que la CEDEAO auspiciara una intervención militar en Níger para revertir el golpe de Estado, ante la cual esos países golpistas anunciaron que, probablemente, una nación de occidente estuviese detrás de la misma a efectos de recuperar poder en la región.

Y ello indujo a Mali, Burkina Faso y Níger a crear, poco después, en ese mismo año, la llamada Alianza de Estados del Sahel (AES), alianza definida como panafricanista, que se escinde de la CEDEAO y que pretende, según las palabras reiteradas de sus dirigentes, recuperar su soberanía, establecer normas y usos que le son propios y no plegarse a las exigencias de occidente. De hecho, dejan de pedir présta-

mos al Fondo Monetario Internacional, pretenden crear una nueva moneda digital única, diseñan un pasaporte biométrico común..., además de pretender servir como modelo para ese renovado panafricanismo antioccidental. Y algunas naciones de la región, como Togo, van acercándose de manera creciente a la AES.

Necesario es considerar que Moscú —como otras potencias—, ante las peticiones de armas o de cualquier tipo de apoyo, no pone exigencias a cambio: no exige el cumplimiento de los derechos humanos, no exige que los gobiernos cumplan determinados estándares... No exige nada más que simplemente el pago de lo solicitado. Con ello, vendiendo armas y los servicios proporcionados por la empresa de seguridad Wagner / África Corps —guardia pretorianas de los gobiernos y, en algunos casos, actores en la lucha directa contra grupos terroristas— consigue tener una presencia y un prestigio mucho mayor que el ya casi inexistente o muy residual de occidente, ese occidente cada vez más contemplado como un modelo agotado.

Considerando, por otra parte, el afán secular de Rusia de buscar salida a mares cálidos y una salida al Atlántico, esta podría realizarse a través del crecimiento de la AES hacia el golfo de Guinea, por lo que se puede, desde determinada óptica, plantear que Moscú ha conseguido un poderoso punto de apoyo en el Sahel.

Cuando todas las miradas desde Europa y desde occidente van hacia el este, hacia Ucrania, es necesario considerar que a un Estado se le puede disuadir, se puede negociar, se pueden establecer relaciones en ámbitos políticos, diplomáticos, económicos, etc. para minorar el grado de amenaza si esta existe. Pero ante amenazas tales como un crecimiento demográfico desmedido, cambio climático o el crecimiento desahogado de grupos terroristas yihadistas, entre otras, resulta muy complejo, si no imposible, pretender negociar o disuadir a amenazas.

Por tanto, si bien desde la guerra fría África y el Sahel se han considerado el flanco sur de la OTAN y de Europa, quizá fuera necesario considerarlo como el frente sur.

Pedro Sánchez Herráez
Coronel del ET. INF. DEM
Doctor en Paz y Seguridad Internacional
Analista del IEEE

10.4 «África al norte del Ecuador». Resumen del debate

Recopilación efectuada por el moderador: Óscar Garrido Guijarro

En la mesa sobre el continente africano que se celebró durante las I Jornadas Geopolíticas del IEEE, uno de los temas que se debatió fue el actual conflicto sudanés. Tras cumplirse dos años desde su inicio, la guerra civil en Sudán sigue envuelta en la desatención internacional, excepto por las potencias implicadas que, a modo de guerra por proxi, alimentan el conflicto, convirtiendo así la tercera guerra civil sudanesa en un conflicto interno internacionalizado. La acción internacional impide la paz bien sea por acción o por omisión. El mundo ha cerrado los ojos ante una crisis humanitaria de grandes proporciones que ya afecta gravemente también a los países vecinos. Cuando no hay solución política en el horizonte debido a que los dos bandos se ven lo suficiente fuertes para ganar, solo la atención internacional y sus presiones podrían lograr avances hacia la paz. Pero el mundo no quiere abrir los ojos dejando una perspectiva de futuro inmediato poco halagüeño para Sudán y una crisis humanitaria que afecta al propio país y a sus vecinos. Europa debería dirigir con más intensidad su mirada hacia su vecindad sur.

Otra de las cuestiones sobre las que se debatió ampliamente y que es también de capital importancia para Europa, en general, y para España, en particular, es la tensión argelino-marroquí y sus consecuencias regionales. Dicha tensión bilateral se alimenta en buena medida por la insistencia marroquí en resolver lo que considera su «déficit territorial», insistencia que ha venido disponiendo a dicho Estado con todos sus vecinos desde principios de la década de los sesenta y hasta hoy. En la actualidad, dichas exigencias territoriales se reflejan en la ocupación del Sáhara Occidental, la reivindicación de territorios españoles en el norte de África y la reivindicación del territorio occidental argelino que Marruecos denomina «su Sáhara Oriental». La tensión argelino-marroquí se ha visto agravada, además, en años recientes, por la expansión a dos territorios adyacentes al Magreb central de dicha dinámica de enfrentamiento. Por un lado, a Libia, que junto con Mauritania constituye el llamado «Magreb periférico» y, por otro, a la franja del Sahel con especial atención a los países del Sahel Occidental.

La tensión en que se mantienen las relaciones entre los dos gigantes del Magreb se amplificó, en especial, desde que Marruecos presentó en 2007 su plan para la autonomía del Sáhara. Desde

entonces, a través de la seducción o de la coacción, Marruecos trata de convencer al resto de actores internacionales de que su propuesta sea la fórmula para resolver el conflicto. Además, desde que el actual monarca marroquí apostó en 2017 por volver a integrarse en la Unión Africana, Marruecos está marcando un ritmo, respecto a sus objetivos expansionistas, cada vez más proactivo y ambicioso y cada vez más molesto para Argelia. Ante al activismo marroquí, Argelia considera que su vecino se está dedicando a mancillar todo lo que puede su imagen. Junto a la preocupación por su vecino magrebí, Argelia mira también con preocupación al Sahel Occidental. Considera que es su zona de influencia y le preocupa la presencia del yihadismo en la región.

Y, por último, la rivalidad se amplía también a la dimensión energética, que se centra en el liderazgo por parte de uno y otro Estado de sendos proyectos gasísticos. El más antiguo, concebido en los años ochenta, es el argelino, que pretende conectar con Nigeria a través de Níger. Es más corto, más viable, más barato y está más desarrollado. Pero los marroquíes han diseñado también un gasoducto para conectar con los yacimientos nigerianos y que atravesaría prácticamente quince Estados de África occidental, incluyendo el territorio del Sáhara Occidental. Aquí se está ante un escenario más reciente, más complejo y más costoso económicamente, pero Marruecos tiene muchos valedores y mucha ambición. En los años por venir —lustros, décadas— estos dos Estados van a seguir compitiendo por estos proyectos y habrá que estar muy pendientes de las conexiones que esta cuestión tiene en términos diplomáticos.

Para finalizar, se debatió sobre la presencia rusa en el Sahel y las implicaciones para el sur de Europa. El Sahel constituye una amplia zona, al sur del desierto del Sahara, que constantemente genera noticias que transmiten la sensación de que el entorno es de una gran inestabilidad.

En la región se vive una lucha por los recursos naturales en la que ganaderos y agricultores, en defensa de su modo de vida tradicional y de su supervivencia, se disputan las tierras fértiles. Se habla de un entorno de destacado crecimiento demográfico y que padece con especial intensidad las consecuencias negativas del cambio climático. Los efectos de este han alterado los ritmos de lluvia y de sequía y, por tanto, condicionan la disponibilidad de las tierras fértiles. Así, las cosas, las actividades económicas tra-

dicionales de las que viven aproximadamente tres cuartas partes de la población del Sahel se ven amenazadas.

Además, la importante fragmentación étnica de esta región debilita todavía más a unos Estados frágiles, faltos de cohesión interna, en los que el florecimiento del crimen organizado y el terrorismo yihadista se ve favorecido. Así, el Sahel, una región que tradicionalmente ha servido como un destacado nudo de interconexión africana, se ha convertido, en la actualidad, en un nuevo epicentro de distribución de drogas a escala global. Por otro lado, la frágil o inexistente presencia del Estado en buena parte de los territorios ha hecho posible que la región se haya convertido en el principal santuario del yihadismo internacional.

En un orden mundial en proceso de cambio, Occidente y su modelo parece que se encuentra en una fase de retroceso frente a otras potencias y otras narrativas, y una muestra de esta nueva situación queda ilustrada a la perfección en el Sahel. Moscú, en su constante intento de buscar salidas a mares cálidos y de recuperar el estatus de potencia mundial, ha incrementado su presencia y acción en el Sahel en detrimento de la presencia occidental, en general, y francesa, en particular.

Como es lógico, Europa y Occidente tienen la mirada puesta en el conflicto entre Rusia y Ucrania, pero no habría que descuidar la creciente amenaza al viejo continente desde el flanco sur, originada, sobre todo, por el preocupante incremento de grupos terroristas yihadistas en el Sahel, pero también por la creciente presencia rusa en los países que componen esta región.

Oscar Garrido Guijarro
Doctor en Paz y Seguridad Internacional
Analista del IEEE